

lo de “esta ciencia de los santos”, aprendida directamente del maestro de la Sabiduría y saboreada en la experiencia personal.

4. La Sabiduría y la cruz

La pasión y muerte de Jesús son la prueba suprema del amor de Dios por nosotros. “Nadie tiene un amor más grande que éste: dar la vida por los propios amigos” (Jn. 15, 13). Montfort escribe que la razón más fuerte que nos debe llevar a amar a Jesús, Sabiduría encarnada, “es aquella de los dolores sufridos al certificarnos su amor” (n. 154). Citando a San Lorenzo Justiniano, como explicación de las exclamaciones de Jesús en la cruz “Tengo sed”, Montfort dice: “Esta sed nacía del ardor de su amor, del manantial y de la abundancia de su caridad. Tenía sed de nosotros y ansiaba entregarse a nosotros y sufrir por nosotros” (n. 165).

El tema de la cruz es repetitivo en la enseñanza espiritual de Grignon de Montfort. La experiencia del sufrimiento bajo la forma de privaciones, penitencias, enfermedades y hasta de incomprendimientos y oposiciones, había marcado su vida, llevándole a descubrir el misterio de la cruz como un secreto de santidad. Ya de seminarista había leído y meditado La Santa vida de la cruz de Henri-Marie Boudon. En esta obra se explicaba cómo la Sabiduría encarnada había escogido el camino de la cruz para salvarnos y este mismo camino había sido recorrido por los santos.

Los acentos usados por Montfort en El Amor de la Sabiduría eterna para hablar de la cruz de Jesucristo, tienen un sabor místico (nn. 167-172). “Un Jesús que busca la cruz, la desea, corre a su encuentro, hasta morir en los brazos de esta amiga suya, como sobre un lecho de honores y de triunfos” (n. 171). Es el amor nupcial que triunfa en la cruz, capaz de hacer gloriosas las ignominias, ricas la desnudez y la pobreza, agradables los dolores.

Y de la cruz gloriosa y del misterio pascual en el que hemos sido bautizados, parte nuestro camino espiritual, desde la primera conversión hasta la perfecta santidad. “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y me siga” (Mt 16, 24). Es para responder al amor de Dios. Más bien, para aprender a amar como Dios ama, un amor a fondo perdido, sin esperar recompensa, excesivo y loco -dicen los místicos- porque va más allá de lo razonable: es la Sabiduría de Dios, tenida por locura por el mundo. La búsqueda de la verdadera Sabiduría para el mundo nos lleva a la cruz, ya que la Sabiduría ha establecido que su morada está como incorporada y unida a la cruz. Montfort dice claramente “la Sabiduría es la cruz y la cruz es la Sabiduría”.

5. El camino de la cruz

De la experiencia de la cruz y del sufrimiento hecha en la propia vida, Montfort había sacado también una práctica pastoral. Ya en los primeros años del sacerdocio se había puesto al servicio de los pobres, excluidos de la sociedad y reclusos en los grandes hospitales. En Poitiers se convierte en capellán, catequista, director espiritual y, más todavía, amigo, pobre como ellos, mal mirado

como ellos. En aquel ambiente de miseria y de sufrimiento fabrica una cruz y la expone en una sala después de haber escrito sobre ella un programa de vida, todo centrado en la cruz, la de Jesús y la del cristiano.

- “Renúnciate a ti mismo
- Lleva tu cruz para seguir a Jesucristo
- Si os avergonzáis de la cruz de Jesucristo, Él se avergonzará de vosotros delante de su Padre
- Amor de la cruz
- Desprecios
- Ultrajes
- Oprobios
- Humillaciones
- Enfermedades
- Viva su cruz
- Humildad
- Paciencia
- Obediencia entera, pronta, gozosa, ciega y perseverante”.
- Deseo de la cruz
- Dolores
- Afrentas
- Persecuciones
- Calumnias
- Viva Jesús
- Amor divino
- Sumisión

En los años siguientes, predicando misiones al pueblo, Montfort reservará un puesto especial a la Cruz. Presenta el misterio en sus sermones e invita a contemplar el crucifijo; lo hace él mismo cara al público, provocando lágrimas de conversión en los fieles. Instituye confraternidades con el nombre de “Amigos de la Cruz”, o “Hijas de la Cruz”. Tiene la costumbre, al final de una misión de plantar una gran cruz en el pueblo, o sobre una colina cerca de la población o construir un calvario. La cruz se convierte en la síntesis del misterio de nuestra salvación, garantía de conversión y medio de perseverancia en los frutos de la misión.

El breve texto de la Cruz de Poitiers se verá desarrollado también en otro escrito: La Carta a los Amigos de la Cruz. Montfort traza allí un itinerario de fe, válido para todo cristiano. La primera y fundamental elección, en el momento del bautismo: o con Jesús o con el mundo. Son los dos caminos, los dos partidos, las dos sabidurías. Después, las diversas formas bajo las cuales se presenta: humillaciones, ultrajes, enfermedades. Y por fin, los medios para aprender a llevar la cruz: humildad, paciencia, obediencia.... De esta ascética encontramos los fundamentos aquí en El Amor de la Sabiduría eterna.

La Cruz es “el distintivo, el carácter y el arma de todos los elegidos” (n. 173). El discípulo de Jesús lleva la Cruz en la frente, sobre las espaldas y en el corazón. En la cruz están encerradas tantas riquezas de gracia y de vida; pero ella es un misterio y se revela sin secretos sólo a quien se hace humilde, pequeño, mortificado, despreciado del mundo, y “sólo después de muchas plegarias, deseos y súplicas” (n. 175). La vida de los santos es un ejemplo: Pedro, Pablo, Teresa de Avila y Juan de la Cruz, María Magdalena de Pacis ... La cruz nos hace semejantes a Jesucristo, nos hace hijos dignos del Padre, ilumina nuestro espíritu, se convierte en alimento, testimonio de amor, “es manantial abundante, es toda dulzura y consolación, generadora de alegría, de paz y de gracia en el alma” (n. 176).